
José Cazorla Pérez

*Emigración y subdesarrollo:
El contexto socio-político
de un fenómeno actual**

INTRODUCCION

Uno de los más destacados fenómenos sociales de la segunda mitad del siglo XX en el mundo occidental es la emigración de millones de europeos hacia los países más desarrollados del continente, y su regreso —las más de las veces forzado— desde que en 1974 comienza a aflorar una profunda crisis económica que usa como pretexto el aumento de precio de los crudos petrolíferos, y en lugar más secundario, el de otras materias primas.

No podemos dejarnos engañar por tan superficiales razones. Hagamos algunas reflexiones iniciales. Ante todo, las dificultades del sistema neocapitalista, cuya tecnología es a cada momento más capaz de producir mecánicamente lo que antes requería el esfuerzo de centenares o miles de hombres, sin haber sido capaz —a la vez— de crear la capacidad de absorción, la demanda, en suma, en otros

* El presente trabajo constituye la primera versión de uno de los capítulos iniciales de un libro que en otoño de 1979 publicará el Ministerio de Agricultura bajo el título *El retorno de los emigrantes al sur de Iberia* y que es original del autor, en colaboración con los profesores David D. Gregory y João P. Neto. Es resultado de una detallada investigación sobre los efectos políticos, económicos y sociales del retorno de los emigrantes a Andalucía y el Algarve, patrocinada por la Fundación Ford.

países, a la que la propia esencia del sistema es contradictoria porque se basa en el mantenimiento de la desigualdad.

Por ejemplo, hace pocos años yo visitaba los inmensos talleres que las factorías Ford poseen en las proximidades de Detroit. Una gran nave fue objeto del recorrido a pie del grupo de turistas del que formábamos parte. La longitud total de sólo aquella instalación era superior al kilómetro y medio. Con reverente asombro, los visitantes contemplábamos cómo unos gigantescos bloques de metal incandescente eran presionados en fases sucesivas, hasta convertirlos en una cinta continua de chapa enrollada, de varios centenares de metros de longitud. Al preguntar cuántos hombres eran necesarios para aquella titánica tarea, se nos respondió que sólo 40, en su mayoría técnicos que operaban grúas, prensas y hornos por control remoto, en condiciones de trabajo y aislamiento muy agradables, como pudimos verdaderamente comprobar.

Esa tecnología avanzada, que recientemente está explorando la superficie del planeta Venus con gran detalle, o que es capaz de fotografiar y transmitir instantáneamente desde 300 kilómetros de altura lo que lee o hace un paseante cualquiera de un parque, se encuentra en el mundo occidental inextricablemente unida a un sistema sociopolítico en el que las crisis económicas parecen sucederse cada vez a un ritmo más rápido. Y esas crisis engendran millones de desempleados o subempleados, a los que el sistema, por su propia inercia, es incapaz de absorber, y a los que se unen quienes a su vez resultan inútiles porque una nueva máquina realiza antes, mejor y más baratamente su trabajo.

No es necesario elevarse a la sofisticada tecnología espacial; basta con la introducción de una simple máquina de fabricación de dulces de Pascua en un pueblo andaluz para que docenas de trabajadores, que complementaban durante varios meses sus escasos ingresos familiares con un procedimiento artesanal de producción de aquéllos, queden sin empleo permanentemente.

¿Es culpa de la máquina? En modo alguno. Sería esto algo tan ingenuo como pretender sustituir al reactor por la locomotora y a ésta por la diligencia. O, más directamente

en el caso de Andalucía y el Algarve, al tractor por el arado romano.

No; la causa de las repetidas crisis, inflaciones, «stagflaciones» y depresiones de la economía occidental radica en una estructura que ya no es capaz de responder adecuadamente al juego de apoyos y demandas que un crecimiento equilibrado y equitativo requeriría. Durante algún tiempo, el modelo keynesiano pareció explicar las causas, las consecuencias y los medios con que hacer frente a la situación. Pero en las últimas dos décadas este modelo —como tantos otros mecanicistas y, por tanto, parciales— ha demostrado ser incapaz de predecir, y lo que es peor, de remediar tales crisis.

Sólo en algunos países occidentales se ha alcanzado un estado soportable —al menos por ahora— de diferencias sociales entre las clases que las componen, pero ello a costa de:

1. Originar un subproletariado compuesto por inmigrantes que desempeñan las tareas más duras y/o peor retribuidas (inmigrantes de las Indias occidentales y otras ex colonias británicas en el Reino Unido; griegos, turcos, españoles, portugueses, yugoslavos e italianos en los países del Mercado Común y Suiza; chicanos y puertorriqueños en Estados Unidos, etc.).
 2. La simultánea introducción de capitales procedentes de orígenes internacionales, en particular «petrodólares», difíciles de controlar y fácilmente evadibles, simultáneos con el papel ya casi omnímodo de las multinacionales.
 3. La explotación de las materias primas y productos del llamado tercer mundo, del que se absorben además las escasas reservas de capital. Este fenómeno se da en Europa a escala también nacional, del que son ejemplos señeros el Mezzogiorno italiano y, sobre todo, las regiones meridionales de España y Portugal, en cuyos casos se ve acompañado igualmente por la absorción de las reservas demográficas. En tales circunstancias se acentúan los desequilibrios regionales, lo que da lugar a situaciones mucho más incómodas para los gobernantes —por tratarse precisamente de proble-
-

mas intranacionales— que cuando las diferencias se incrementan a escala internacional.

4. En algún caso, las desigualdades entre las regiones de un mismo país, a que aludimos, han sido tan grandes que han tenido que compensarse parcialmente, además, con la emigración al extranjero España e Italia, por citar sólo dos casos, tuvieron dos procesos de desarrollo completamente diferentes entre sus zonas septentrional y meridional (en el caso de España, más exactamente suroriental). Mientras en el Norte se producía un relativamente temprano crecimiento capitalista «a la europea», en el Sur el principal —y a veces único— medio de producción seguía siendo la propiedad agraria.

La disparidad de dos formas tan diferentes de evolución económica, o mejor dicho, el estancamiento de la segunda, provocó fuertes tensiones con consecuencias políticas, que en el caso de España no fueron ajenas a los orígenes de la guerra civil. En Portugal, en cambio, se mantuvo una situación de retraso general deliberado, con sólo algunos puntos aislados de industrialización y servicios, particularmente en Lisboa y Oporto. Se confiaba en un Imperio colonial que proporcionaría una plus-valía tal que —supuestamente— hacía innecesaria la extensión de la empresa industrial moderna. La emigración de cientos de miles de portugueses, en su mayoría clandestinamente, desde comienzos sobre todo de los años 60 demuestra que, aun subsistiendo tal Imperio colonial, se partía de una hipótesis falsa.

EL CONTEXTO SOCIOPOLITICO

El inicio de la crisis económica más aguda en Occidente desde 1929 va a coincidir con la evolución hacia la democracia de los tres países europeos que mantenían sistemas políticos dictatoriales: Grecia, Portugal y España. En la primera mitad de la década de los 70 se producen cambios políticos que son decisivos para ellos. La posición estratégica en Europa, y en particular en el equilibrio mediterráneo, proporciona a esta transición un valor particular, y práctica-

mente sin precedentes. Por primera vez, a partir de las elecciones generales en España de 15 de junio de 1977, *toda* la Europa occidental va a contar con regímenes democráticos. Y precisamente son éstos los que han de hacer frente a las consecuencias de la recesión económica: paro, retorno de los emigrantes, inquietud sindical, huelgas, terrorismo desestabilizador, descapitalización, inflación, falta de perspectivas seguras para una política económica firme...

Estos tres países, en particular España, habían experimentado en las últimas décadas acelerados procesos de modernización. Así, el incremento en las comunicaciones y transportes, la mejora de servicios públicos y asistenciales, el rápido incremento de las ciudades con la consiguiente despoblación rural, la elevación del nivel educativo y sanitario, la ampliación a ciertas capas sociales de comodidades y productos que antes les eran inaccesibles, y las demás características descritas repetidamente por los numerosos autores que se han venido ocupando del tema, como Deutsch, Hunhington, La Palombara, Almond y Verba, Jaguaribe, etc.

Contrastaba esta situación con sus respectivos regímenes políticos, en el caso de Grecia, la dictadura de los coroneles desde 1967, y en España y Portugal, las de Franco y Salazar. En los tres casos, pues, la «fachada» del régimen enmascaraba una realidad muy distinta. En Grecia, tras el enfrentamiento con Turquía por causa de la cuestión chipriota, el vacilante prestigio y respaldo de la dictadura militar se hundió rápidamente en 1973, dando lugar al restablecimiento de un sistema democrático que ahora parece definitivamente estabilizado. En el caso de Portugal, los protagonistas de la revolución incruenta del 25 de abril de 1974 fueron las fuerzas armadas, que concienciadas de su papel opresor de los nacientes nacionalismos africanos asumieron una actitud diametralmente opuesta a la que otras fuerzas también coloniales, las del ejército español en Marruecos, habían desempeñado en 1936. La precipitación con que se produjo la descolonización portuguesa acarreó fenómenos de expulsión de considerable número de personas que se vieron forzadas a repatriarse a la metrópoli, de la que

algunos habían salido hacía décadas, y que incluso muchos no conocían. Finalmente, en el caso de España, era evidente que el proceso de modernización que la había convertido —como enfáticamente se proclamaba— en la décima potencia industrial del mundo había ido acompañado de un incremento en las aspiraciones de participación, mal que les pesara a los llamados «tecnócratas». Dentro de unos términos muy mayoritariamente moderados, a los que el franquismo no era capaz de corresponder, se habían venido definiendo unas desidencias de carácter democrático, entre las cuales los Partidos Comunista y Socialista fueron los únicos en subsistir en la clandestinidad tras la guerra civil, a más de una serie de movimiento de carácter cristiano avanzado, otros regionalistas con distintos matices, y mucho más fragmentariamente, algunos de extrema izquierda.

Desde 1959 se produjo un profundo cambio en la política económica española, a partir de los planes de estabilización, uno de cuyos factores más decisivos fue la exportación de «capital humano» a Europa central, que no sólo lo requería en aquel momento, sino que permitía eludir problemas de absorción de mano de obra a escala nacional. Había terminado el período autárquico para entrar en el que triunfalmente se denominaba del «desarrollo» (fuese a costa de quien fuese) y cuyas premisas básicas eran los siguientes supuestos: 1) el desarrollo era un proceso continuado, irreversible e imparable; 2) su carácter principal era económico, es decir, permitía el acceso a un tipo de consumo hasta entonces desconocido, dejándose para un futuro indefinido, pero desde luego lejano, la adquisición de otros «bienes políticos», como la libertad o el ejercicio de la mayoría de los derechos humanos; 3) el desarrollo terminaría —alguna vez— por alcanzar a todas las regiones y a todas las clases sociales que «por el momento» no disfrutaban de él.

No es preciso señalar que ninguna de las tres condiciones se cumplió, como demuestran 1) la crisis económica occidental posterior a 1973; 2) el hecho de que, a pesar de ella, los tres países mencionados hayan accedido pacíficamente a la democracia, frente a las adversas condiciones económicas —y en particular del empleo y la inflación—, es

decir, no como culminación del proceso de desarrollo económico, sino a pesar de su involución; y 3) la distancia entre las regiones más y menos desarrolladas en España, y las desigualdades sociales aumentaron entre 1960 y 1975, en lugar de disminuir.

En Portugal, por otro lado, se produce un movimiento de reacción frente al primitivo «izquierdismo» de la revolución que hace fracasar los objetivos del partido socialista, en parte por causa de la actitud radical del líder comunista Cunhal, posiblemente el único de los de Europa occidental que no compartió las tesis eurocomunistas. En parte, también, por las dificultades de adaptación de una economía fundamentalmente agraria a las exigencias de exportación requeridas por una saneada balanza de pagos, a la vez que se intentaban nacionalizaciones de industrias, bancos, servicios, latifundios, reforma agraria, y la adaptación de cientos de miles de retornados a un país en el que escaseaba el empleo. Todo ello ha conducido a la situación actual, en que gobiernos «tecno-centristas» intentan hacer frente a las difíciles condiciones reinantes, en espera de que amaine la crisis, a la vez que se admite a Portugal en el Mercado Común Europeo.

Pero justamente esta esperanza de integración definitiva en un sistema político-económico estable ofrece a Grecia, Portugal y España grandes dificultades, a las que se pone como pretexto la peculiar problemática agraria de estos países que aparentemente aumentaría la conflictividad y las dificultades ya inherentes a la propia Comunidad Europea desde su creación. En realidad, lo que ésta más teme es la súbita entrada en el mercado de trabajo de varios millones de españoles, portugueses y griegos, en igualdad de condiciones jurídicas con los nativos. Es decir, un «dumping» laboral al que los primeros en oponerse son los propios sindicatos en los países del Mercado Común. Nada más lejos de la unión de los «trabajadores de todos los países». Y por eso se pospone, en largas negociaciones, la entrada de Grecia, Portugal y España hasta bien entrada la década de los 80, en que —se supone— se habrá superado de nuevo la crisis y se requerirá de nuevo mano de obra

abundante (1). Pero si no se estimula la capacidad adquisitiva del «tercer mundo», ¿quiénes comprarán lo que aquí se produzca?

Los problemas de estabilidad, eficacia, legitimación, modernización, participación y desarrollo se encuentran tan estrechamente mezclados que afectan no sólo al mundo occidental, al que pertenecemos, sino a la Humanidad entera. Por eso, las célebres palabras de John Donne: «Ningún hombre es una isla, sólo para sí...», extensibles a «ningún país es ya hoy una isla...» adquieren mayor valor que nunca.

ALGUNOS DATOS DE BASE RESPECTO A ANDALUCIA

Sin entrar en las circunstancias de la evolución histórica andaluza, que nos alejaría de los propósitos del presente trabajo, y que han sido repetidamente descritas por los expertos en el tema, evidentemente la región ha decaído mucho relativamente al nivel medio de desarrollo español en el último siglo y medio, y más en especial a partir de 1950.

Mientras en otras regiones, como Cataluña, el País Vasco, País Valenciano o cinturón industrial de Madrid, se potenciaba el crecimiento de industria y servicios, Andalucía, y en particular las provincias de Córdoba, Jaén, Almería y Granada, continuaban casi exclusivamente dedicadas a la producción agraria con algunos servicios en los centros urbanos y un desarrollo tan espectacular como geográficamente limitado en una estrecha franja costera, especialmente en el Mediterráneo.

Es más, la escasa industrialización que se introduce se localiza generalmente en los grandes centros urbanos o sus inmediaciones, con lo cual surgen fuertes contrastes entre las capitales y el resto de la provincia, al par que se aumentan los desequilibrios rural-urbanos, al absorber las ciudades a una parte de los excedentes de su propia provincia.

(1) Ya en la década de los 60, por ejemplo, nada menos que medio millón de trabajadores griegos se encontraba en Europa central, constituyendo, pues, el 6 por 100 de la población total del país y aproximadamente el 17 por 100 de su población activa.

No se olvide que las potencialidades de riqueza de la región, en su conjunto, son superiores al promedio nacional. La inmensa capacidad de producción agraria del valle del Guadalquivir, de la vega de Granada o de los cultivos subtropicales de la costa mediterránea, los recursos minerales, aún intactos en gran parte, el atractivo turístico de tantos aspectos y lugares de la región, que la han convertido ante el extranjero en espejo de España, y sus no despreciables reservas de capital financiero, amén de las propiamente demográficas, justificarían un desarrollo muy superior no sólo al que ahora ostenta, sino similar al de muchas regiones de Europa central. Comarcas como el noroeste de Granada y Almería, desertizadas, pueden aún ser aprovechables forestalmente, para pastos, o aún quién sabe si para futuras explotaciones de la energía solar. En cualquier caso, tales comarcas son excepción en una región, en sí mucho más fructífera de lo que hasta ahora se le ha permitido.

Pero una secular política centralista que ignoró esas posibilidades y esquilmo la escasa industria artesanal existente, amén de la permanencia de una mentalidad precapitalista en los poseedores de la riqueza, fundamentalmente agraria, han venido impidiendo tal desarrollo.

La acumulación de capital que, por ejemplo, fue característica de los grandes beneficios de las ventas en el mercado negro durante los años 40 de cereales y aceite, productos específicos de la región, no se empleó por lo regular en la mecanización o mejora técnica de las fincas, sino en la adquisición, sin modernizarlas, de otras más o menos próximas y en la inversión en industrias generalmente no andaluzas. La absorción de capital por las industrias y servicios situados fuera de Andalucía se acentúa desde 1960, a través de Bancos, Cajas de Ahorro y otros mecanismos de financiación encauzados a través de las directrices económicas de los sucesivos Gobiernos.

El resultado de un proceso que aquí sería largo de describir fue *la incapacidad de la región para hacer frente a las demandas de su propio crecimiento demográfico, y del*

proceso de modernización, con sus inevitables secuelas, desigualdad social, paro y emigración (2).

En el estudio socioeconómico de Andalucía efectuado para la OCDE por la Universidad de Granada (E. N. Admon. Pública, Madrid 1970-71), se analizaban algunas respuestas en torno al tema de la emigración. Pues bien, el 71 por 100 de la muestra representativa de varones andaluces mayores de veintiún años opinó que la gente emigraba «porque puede ganar más, vivir mejor, o por falta de trabajo» en sus localidades de origen. Desde 1967, fecha de la realización de esta encuesta, hasta la actualidad, la situación no ha cambiado, y ello lo prueba nuestra encuesta de marzo de 1977. Nada menos que el 77,4 por 100 de los emigrantes interrogados respondió que habían marchado al extranjero «porque no tenían empleo fijo». La respuesta de la élite local fue la misma en un 74,2 por 100 y alcanzó el 81,1 por 100 de los no emigrantes. Los delegados de la Cajas de Ahorros pensaban igual en un 63,4 por 100.

Es decir, se da una abrumadora opinión en todos los sectores de que la falta de trabajo permanente ha constituido la principal causa de la emigración. Idéntica actitud se observa ante otras preguntas del cuestionario, tales como las que se relacionaban con las iniciativas para mejorar el pueblo o la comarca, etc. Una gran mayoría de respondentes opinaba que la única solución era la creación de puestos de trabajo, preferentemente en diversos tipos de industria.

De aquí que la máxima valoración se haya otorgado tradicionalmente a la estabilidad en el empleo, incluso por encima de la retribución misma. La escasa importancia de las empresas privadas en general, en casi todas las provincias andaluzas, produjo aquí una respuesta que, en Cataluña, por ejemplo, habría dado resultados, sin duda, opuestos. En el estudio de la OCDE, antes citado, se preguntaba: «Si un hijo suyo le pidiese consejo, a igualdad de condiciones, ¿qué le aconsejaría: entrar en un organismo público o en

(2) Entre la abundante bibliografía al respecto, véase, por ejemplo, como más reciente, el artículo de J. Cazorla «Paro y emigración como males endémicos de Andalucía: algunas sugerencias», en *Revista de Estudios Regionales*, n.º 2, editado por la Facultad de Ciencias Económicas. Universidad de Málaga, 1978.

una empresa privada?». Los respectivos porcentajes fueron: en el organismo público, 53,7 por 100; en la empresa privada, 35,2 por 100; sin respuesta 11,1 por 100.

Se aprecia una desconfianza hacia la empresa privada, fruto, como decimos, de la escasa entidad de la mayoría de éstas en la región, lo que hace dudar de su estabilidad. Lo seguro es «la gran ubre del Estado». Y otro tanto puede decirse respecto a Bancos, Cajas de Ahorro e instituciones similares. Por eso, cuando tales organismos «seguros» anuncian plazas a cubrir mediante concurso o examen, no es extraño que se presenten centenares e incluso miles de aspirantes. Se da el caso frecuente de concurrir personas con título universitario a plazas de subalternos. Así, por ejemplo, en enero de 1976, el Instituto Nacional de Previsión de Granada anunció exámenes para cubrir 33 puestos de subalternos y auxiliares. Se presentaron 7.258 aspirantes, o sea, una media de 230 por cada plaza. De ellos, 758 aspiraban a una sola plaza de conductor. Es decir, que el subempleo endémico de Andalucía afecta también a actividades que requieren cualificación, no sólo a los jornaleros del campo, aun cuando sean éstos los que lleven la mayor parte del peso del paro.

La presión existente en torno al empleo genera a su vez prácticas que resultarían a menudo pintorescas si no fuese tan triste su origen. Así, funciona casi permanentemente el mecanismo de las recomendaciones movidas por personas influyentes, o a las que se les supone influencia, con toda una clientela no muy distinta de la de épocas pasadas, compuesta por amigos, parientes, etc. El número de intermediarios entre el interesado y la persona de quien supuestamente depende la decisión, a veces puede ser de una docena o más. Una espesa trama de obligaciones recíprocas surge para cada caso, apuntándose en el «haber» y en el «debe» los respectivos intermediarios.

En resumidas cuentas, al contemplar la estructura del empleo en Andalucía no hay que dejarse engañar por la aparente rapidez con que, en algunas provincias —caso de Málaga—, ha disminuido el porcentaje de población agraria y aumentado los otros sectores. De hecho sería mucho más

útil el manejo de *cifras absolutas* de población y no relativas. Se evitaría así la falacia —usada en ocasiones por la propaganda del régimen anterior— de dar por supuesto que habría habido necesariamente un trasvase del sector primario a los demás. No siempre ha sido así. Con frecuencia, la población agraria ha disminuido en un tercio o más, y este excedente *no* ha sido absorbido por la industria o los servicios, al menos en su mayor parte. Por el contrario, esa población rural agraria ha emigrado hacia el interior o el exterior de España. Pero como de hecho tal población ha bajado, automáticamente las proporciones sobre 100 de los otros sectores han aumentado.

La situación a comienzos de 1979 es, a efectos del paro, la peor que se ha conocido desde los últimos veinticinco años, representando en Andalucía una tasa aproximada del 15 por 100 de la población activa. Su repercusión es particularmente grave justo en los dos sectores más sensibles de la región andaluza: la construcción y el campo. Es más, durante gran parte de 1978, en muchas localidades rurales, la mitad, y a veces una proporción superior de la población activa ha estado desempleada, y no toda cobrando el seguro correspondiente. La subsistencia en muchos casos se ha mantenido, a falta ya de emigración fija al extranjero, sobre las precarias bases siguientes: el seguro de desempleo, los ahorros procedentes de la emigración o las rentas derivadas de ellos, los trabajos eventuales y a corto plazo, y la emigración de temporada, casi siempre a Francia.

Resulta bastante representativa de toda esta situación la descripción que Navarro Alcalá-Zamora hace en su reciente tesis doctoral (pendiente de publicación) en torno a un pueblo de la Alpujarra granadina. Todavía hoy el 27 por 100 de las familias de «Medina» viven de las remesas de los emigrantes. Más de la mitad de ellas tienen en la emigración algún pariente próximo. En el período 1950-1973 emigraron al extranjero 191 familias (el pueblo tenía unos 1.300 habitantes según el censo de 1970), de las que sólo han regresado 36. Es de notar que de las 45 familias que salieron en el período de 1970-73 no ha regresado ninguna, afincándose al fin 17 de ellas en Cataluña. De los 236 habitantes varones

entre 20 y 50 años del pueblo, en fin, 133 estaban en el extranjero.

Según cálculos del mencionado autor, el ahorro mensual de cada emigrante oscilaba en torno a las 20.000 pesetas. Si se tiene en cuenta que el salario mínimo interprofesional de 1973 era de 72.540 pesetas anuales, es evidente que con el ahorro de menos de cuatro meses en el extranjero se cubrían las ganancias totales de un año de trabajo en el campo, y eso en el supuesto de un empleo fijo. El impacto económico de las remesas era en «Medina» superior incluso al valor total de la producción agraria. Así, Navarro estima en unos trece millones de pesetas el valor de las principales cosechas del pueblo en 1973; pues bien, el volumen de remesas que llegó al mismo en dicho año fue de 14.780.000 pesetas. Es indudable que en cientos de pueblos andaluces se repiten circunstancias muy similares a las descritas respecto a «Medina».

En resumidas cuentas, la situación de la mayor parte de la población rural andaluza no presenta visos de mejorar, por la simple razón de que su estructura socioeconómica no ha cambiado y, por tanto, no se ha creado empleo, único factor capaz de compensar los desequilibrios regionales y sectoriales. Es un hecho indiscutible que la «distancia» entre zonas desarrolladas y subdesarrolladas en España es actualmente mayor que nunca, porque al par que ciertas regiones, como el País Vasco o Cataluña, han prosperado hasta niveles similares al promedio de Europa occidental, muchas comarcas, especialmente en Andalucía, Extremadura y Galicia, no han cambiado sustancialmente respecto a su estructura básica de hace cincuenta años o más. O mejor dicho, el único factor de cambio que en ellas se ha introducido ha sido precisamente la emigración.

EL COSTO HUMANO DE LA EMIGRACION

Es evidente, pues, que la característica primordial del trabajo en Andalucía ha sido su precariedad. Las agudas observaciones de Francisco Murillo al respecto en el «Estu-

dio socioeconómico de Andalucía» (3) son insuperables. Ciertamente, el trabajo en sí ha sido un bien escaso, y, por tanto, la alienación de quienes no lo encontraban, mayor. El trabajo ha sido siempre duro, apenas si daba para salir adelante, cuando se le encontraba, y para colmo era inseguro, precario. El trabajo duro ha sido en Andalucía «un signo de fracaso social y no una cualidad para el éxito». Justamente lo contrario del origen del capitalismo en la ética protestante, con arreglo al famoso análisis de Max Weber. Por eso se ha salido diariamente a *buscar* trabajo a la plaza de centenares de pueblos andaluces (incluso todavía hoy). Y en cuanto ha sido posible, ese trabajo se ha buscado fuera del pueblo, en donde las condiciones del empleo no han cambiado secularmente, para marchar a regiones más prósperas, o al extranjero.

Las secuelas tantas veces mencionadas de paro y emigración en muchas regiones españolas, además de Andalucía, han dado lugar a una pobreza en que el hambre fue pesadilla endémica de una parte numéricamente importante de las familias de los estratos más bajos. Ello permitía —en círculo vicioso— a las clases dominantes mantener una estructura de salarios bajos y eventualidad laboral, que se complementó en los años del franquismo con la picaresca de la elusión de los derechos de seguridad social, seguro de desempleo y demás por parte de muchos empresarios sin escrúpulos. La emigración llevó así a muchos andaluces hacia América, África del Norte, y más frecuentemente a Cataluña, en la que, según García Barbancho, había a comienzos de los 70 más de un millón de personas de origen andaluz.

Los estereotipos creados por la recepción de estas masas de gentes emigrantes no son muy distintos de los descritos por Thomas y Znaniecky en su clásica obra sobre la problemática de los campesinos polacos en Estados Unidos a comienzos de siglo. Apelativos insultantes como «charnegos», «maquetos» y similares *han sido utilizados para una discriminación cultural, social, laboral y económica sin precedentes en España*. Y ello fundamentalmente en las dos

(3) OCDE e Instituto de Desarrollo Económico, Madrid, 1970. Vol. I, págs. 128 y sig.

regiones, Cataluña y País Vasco, que por estar industrializadas con el decisivo apoyo del poder central —al que por lo demás denigraban— *requería la entrada de mano de obra barata y explotable de las regiones a las que su desarrollo precisamente contribuía a sumir en el subdesarrollo.*

Tales estereotipos, inevitablemente, se reprodujeron al inicio de la emigración a Europa central. La población alemana, suiza u holandesa acogió como una especie de «mal necesario» a los miles de inmigrantes «morenos», que sólo toleraba porque y mientras fueran necesarios para su economía. En el caso de Suiza, cuya población en ciertos momentos ha llegado a estar compuesta por inmigrantes en más de una cuarta parte, estos sentimientos se han expresado con mayor frecuencia e incluso han asumido formas jurídico-políticas como los sucesivos referéndums, destinados a limitar el número y/o los derechos de los trabajadores inmigrantes. La xenofobia suele ir en proporción directa al número de los «invasores», aunque, como en nuestro caso, se les explote más o menos abiertamente.

Los caracteres culturales, étnicos y de clase de los inmigrantes les hacen sujetos propicios a la crítica, a la discriminación, a la incompreensión e incluso al desprecio.

Desdeñados en el extranjero y discriminados en su propio país, ¿puede alguien valorar el sacrificio de los emigrantes interiores y exteriores andaluces, extremeños, gallegos o castellanos?

No pocas veces, la perspectiva superficial ha contribuido a reforzar el estereotipo. El ocasional viajante catalán o el burócrata madrileño, de paso por un pueblo andaluz, a la vista de docenas de hombres vigorosos, aparentemente ociosos, en la plaza del pueblo (y que día a día esperaban que alguien les diese trabajo por un día, o incluso unas horas), han comparado inevitable y mentalmente con lo que en aquel mismo momento ocurría en las desiertas calles de Vich —«todo el mundo está en el trabajo»— o en Madrid, bullicioso por su vitalidad comercial e industrial. Es fácil confundir el paro voluntario con el forzoso, especialmente cuando no se conocen las bases culturales ni socioeconómicas que provocan uno y otro. Y no se pierda de vista que en

Andalucía, como en otras regiones subdesarrolladas, *el ocio ha sido precisamente el mayor consumo ostentatorio entre los posibles, para quienes podían permitírselo, «en una región en que el trabajo en sí era y es un bien escaso»*, como hemos señalado antes.

Se confundía así, a veces deliberadamente, el ocio del «señorito» con el paro del jornalero. Nada más diferente. Precisamente aquél derivaba de éste. Pero eso no lo sabía el viajante catalán ni quienes en Cataluña o el País Vasco consideraban vagos, perezosos o poco responsables a los andaluces. Lo malo es que a los pocos habitantes del Norte que han tenido que emigrar a Europa central los han medido allí por el mismo y falso rasero previo hasta que, con su sudor, todos han demostrado lo contrario.

Y cuando al fin, en 1977-78, cambia la estructura política española, *se accede a la democracia, y todo parece que va a cambiar, en Andalucía no cambió nada.*

La aproximación entre la estructura real y la estructura formal puede haber sido más cierta en otras regiones españolas tras la desaparición de la dictadura, pero ¿de qué ha servido en Andalucía?

La democracia no ha servido para proporcionar más trabajo del que había hace veinte años, y ello lleva a masas considerables de trabajadores a la desesperanza o al extremismo. En muchos casos, el desencanto ante la falta de resultados inmediatos de unas elecciones —como las del 77— en que se votó en la región mayoritariamente al socialismo produce repetidas expresiones de apatía, de desconfianza en los «políticos», e incluso anarquismo.

En definitiva, las múltiples —y a veces seculares— expresiones de la cultura andaluza han sido y son resultado de la casi inmóvil estructura socioeconómica básica de la región. Las expresiones literarias, folklóricas, artesanales, las costumbres, ritos, creencias, valores y normas de esa cultura son simple consecuencia de ese hecho ineluctable. El *no trabajar* ha sido característica de los dos extremos de la pirámide social: los «de arriba», porque exhibían su ocio como forma máxima de consumo ostentario, y «los de

abajo», porque la desigual estructura de los medios de producción imponía un ocio tan forzoso como injusto a centenares de miles de personas. Ciertamente, hoy han proliferado —como sabemos— industrias y servicios en algunos centros urbanos, particularmente de la subregión occidental y la costa.

Pero para una gran masa de la población, la estructura no ha cambiado, a pesar del paso del tiempo, a pesar de la nueva forma democrática del sistema político, a pesar de tantos organismos y promesas de «ayuda».

Y los pocos que han conseguido subir algunos escalones de esta alta, altísima pirámide social, lo han hecho más por su propio esfuerzo —como en el caso de tantos emigrantes regresados antes de 1974-75— que por la asistencia y la acción eficaz de las instituciones. *En la lucha del hombre solo frente a una secular estructura desigual, ¿cuántas veces ha sido él capaz de apuntarse la victoria?*

RÉSUMÉ

Le présent travail constitue une première version du premier chapitre du livre «Le retour des émigrants dans le sud d'Iberia», que l'auteur prépare en collaboration avec les Professeurs Gregory et Neto.

Comme son titre l'indique les réflexions du travail se centrent sur l'analyse des nouvelles conditions socioéconomiques et politiques aux quelles l'émigration déjà traditionnelle dans les régions sousdéveloppées d'Espagne et Portugal doit faire face au moment actuel. La récession économique des pays européens industrialisés, la quelle détermine l'absence d'une demande de force de travail, ainsi que la propre crise économique unie à l'évolution vers la démocratie des régimes politiques dictatoriels de la Grèce, l'Espagne et le Portugal sont le nouveau cadre de référence où se placent les nouvelles réflexions de l'auteur sur le problème de l'émigration, auquel depuis longtemps il dédie une attention particulière.

SUMMARY

The present work constitutes a first version of the initial chapter of the book «The return of the emigrants in the South of Iberia», which the author is preparing in collaboration with Professors Gregory and Neto.

As the title indicates, the reflections in this work are centered on the analysis of the new socioeconomic and political conditions which the already traditional emigration in the underdeveloped areas of Spain and Portugal is facing at the present moment. The economic recession of the industrialised European countries, determining the lack of a demand for the labour force, as well as the economic crisis itself together with the evolution toward a democracy of the dictatorial political regimes of Greece, Portugal and Spain, constitute the framework within which are placed the new reflections of the author concerning the problem of the emigration, to which he is paying, since a long time ago, a particular attention.

